ROGELIO GARZA
CONTRA EL REGUETÓN

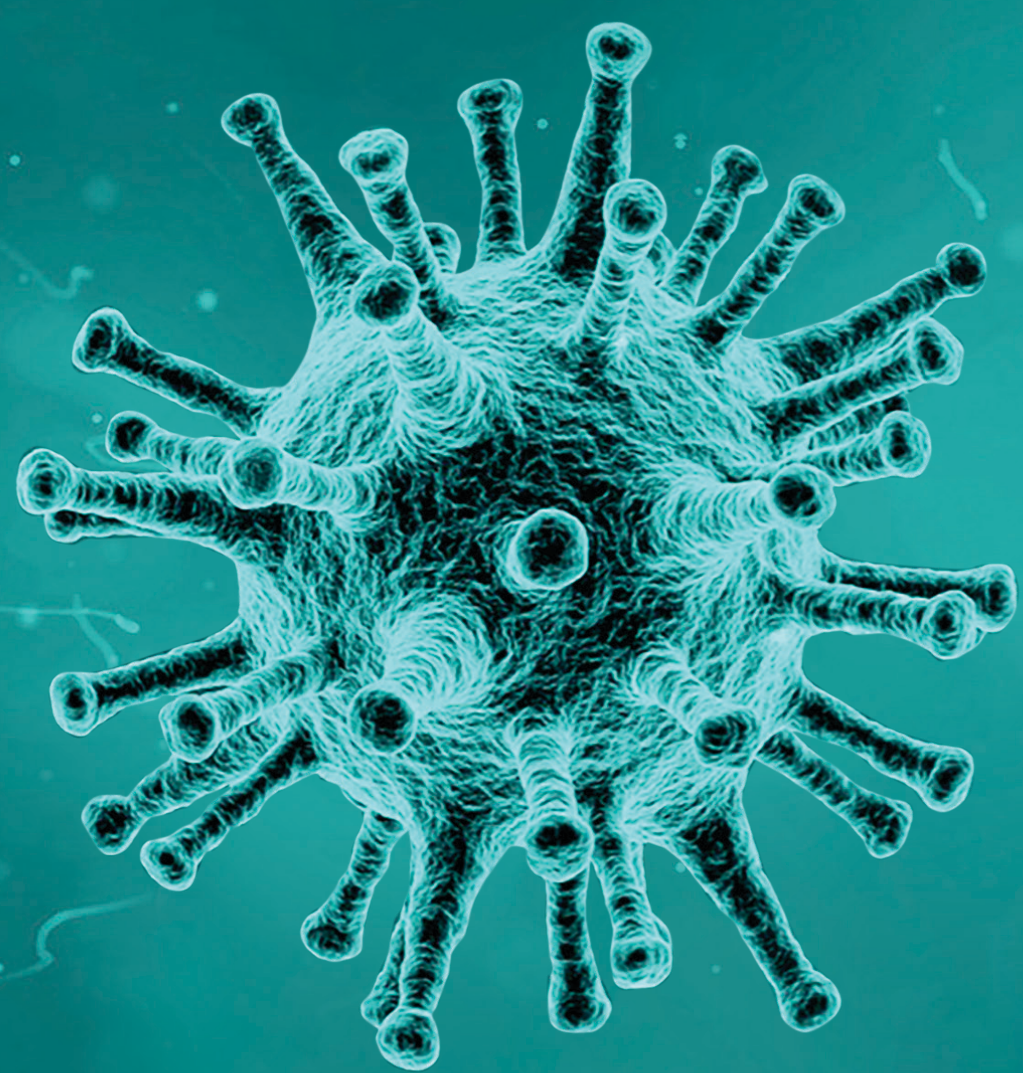
MIGUEL ÁNGEL MORALES
ENTREVISTA A JOAN FONTCUBERTA

NÚM.244 SÁBADO 28.03.20

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]

EN LA PANDEMIA • I



AMENAZA EN MARCHA
FRANCISCO GONZÁLEZ-CRUSSÍ

LA EPIDEMIA DE LA SOLEDAD DIGITAL
NAIEF YEHYA

LA HERIDA COLECTIVA
ALMA DELIA MURILLO

CIUDADES DESIERTAS
CARLOS VELÁZQUEZ

Fuente > medium.com

Ante la confusión, el bombardeo de datos, conjeturas, miedos, prejuicios y mentiras, el encierro dispuesto por los gobiernos de millones de personas ha sido hasta el momento —como en la antigüedad—, el recurso primero para afrontar la pandemia que infecta a la especie humana. En este contexto, el doctor González-Crussí revisa con puntualidad y ordena la historia, así como la experiencia de la pandemia en curso desde la perspectiva médica, pero también desde sus efectos en la vida cotidiana. Una manera de dar sentido al caos ante la situación imprevisible que mantiene al planeta en vilo y ha cobrado miles de víctimas, mientras su avance continúa.

Coronavirus

LA NUEVA AMENAZA EN MARCHA

FRANCISCO GONZÁLEZ-CRUSSÍ

La experiencia nos enseña que hay padecimientos puramente individuales, como los traumatismos; otros que parecen existir sólo en quienes habitan ciertas regiones del planeta (por ejemplo, algunas parasitosis); otros afectan a miembros de determinadas familias o grupos étnicos (disfunciones genéticas); y otros, en fin, que afligen a multitudes, se esparcen por el mundo sin respetar fronteras y arrasan con todos por igual, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ricos y pobres, humildes y poderosos. Son las epidemias: enfermedades que se propagan cual mortífera irradiación; diríase un incendio. Pero aun estos padecimientos, que encienden la alarma en el corazón humano, suelen mantenerse dentro de ciertos límites. La historia consigna relatos de epidemias que aniquilaron a sociedades enteras y que sin embargo se detuvieron espontáneamente.

No se conocía su origen y no había forma de curarlas; causaban enorme devastación, pero terminaban extinguiéndose. Así sucedió con la llamada peste de Atenas, de que habló Tucídides, cuya naturaleza sigue siendo tema de debate entre eruditos. Así sucedió también con sucesivas epidemias de tifo, antes de que se conociera su causa, una bacteria (*Rickettsia prowazekii*), o su agente transmisor, el piojo (*Pediculus humanus*). ¿Y qué decir de la terrible peste bubónica? No hay ninguna mención de este horrendo mal antes del reinado del Emperador Justiniano (de 527 a 565 d. C.), pero después embistió a la humanidad en cruentas, sucesivas oleadas. Sin embargo, cada embate cesó antes de que se conociera su causa o alguna forma de protección. Como si a la feroz epidemia se le hubieran terminado las flechas o las balas que disparaba contra los humanos, o como si hiciera un alto para reponer sus fuerzas y recargar sus armas antes de emprender un nuevo asalto.

Así pues, unas epidemias desaparecieron del mundo sin dejar rastro; no sabemos ni qué cosa eran, ni qué fue de ellas. Otras recurrieron, pero no llegaron hasta

Fuente > elem.mx

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de La Razón]

Twitter: @ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega
Director
@sanquintin_plus

Julia Santibáñez
Editora
@JSantibanez00

Facebook: @ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL
Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki • Delia Juárez G.
Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Bruno H. Piché • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial › Adrian Castillo Coordinador de diseño › Carlos Mora

Contáctenos: Conmutador: 5260-6001. Publicidad: 5250-0078. Suscripciones: 5250-0109. Para llamadas del interior: 01-800-8366-868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 11

nosotros. Sin embargo, ¿quién puede asegurarnos que siempre será así? A ningún mortal le es concedido el don de adivinar el futuro. El estudioso Emile Littré (1801-1881) hacía notar que ciertas especies animales han desaparecido del mundo por completo.[1] Los paleontólogos nos muestran la evidencia concreta: fósiles que comprueban la existencia, en el pasado remoto, de animales hoy extintos. Que lo mismo suceda a la especie humana es algo que nuestra ingénita arrogancia nos impele a rechazar. "El rey de la Creación," nos decimos, "amo y señor de la Naturaleza por decreto divino, no puede desaparecer así como así". Pero a poco de reflexionar concluimos que, si bien improbable, la desaparición total de la especie humana no es imposible. (Y ni siquiera podemos decir que el orden del universo sufriría gran menoscabo con esa pérdida —un punto debatible). De ahí el miedo que inspira la llegada de una nueva epidemia con características de gran infectividad y de la cual es mucho lo que se ignora.

LA NUEVA AMENAZA está aquí: es un virus que se detectó por primera vez a fines del año 2019 en la ciudad de Wuhan, provincia de Hubei, China. Se le llamó Covid-19 (por su denominación abreviada en inglés, *Coronavirus disease, 2019*). Pertenece a la familia de coronavirus comunes en murciélagos, camellos, ganado y gatos. Se piensa que llegó al hombre a través de alimentos contaminados con guano u otro producto biológico de murciélagos, ya que el foco original de la enfermedad pudo rastrearse hasta un mercado de mariscos en Wuhan, frecuentado por murciélagos. La actividad humana está cambiando el clima y modificando el ambiente ecológico. Ésta es la causa de que padecimientos que antes desconocíamos o que permanecían confinados a otras especies animales ahora se manifiestan en el ser humano (zoonosis). Es predecible que, en el futuro, otras zoonosis habrán de manifestarse entre nosotros.

Los coronavirus rara vez atacan al hombre, y cuando lo hacen producen infecciones respiratorias. Cuatro especies producen síntomas de gripe, generalmente poco intensa cuando el enfermo no padece de inmunodeficiencia. Pero otras dos especies producen enfermedad seria, a veces mortal.[2] En el ambiente médico se les conoce por sus siglas en inglés. Tal el SARS-CoV (*Severe Acute Respiratory Syndrome*) o síndrome de afección respiratoria severa, que generó serios brotes epidémicos en 2002 y 2003 en la provincia de Guangdong, China. Otra cepa de coronavirus causa el MERS-CoV (*Middle Eastern Respiratory Syndrome*) o síndrome respiratorio del Medio Oriente, que se identificó en 2012 en un hombre con pulmonía en Arabia Saudita. Es vital reconocer la semejanza de estas enfermedades con la del recién descubierto Covid-19: todas son dolencias producidas por virus de la misma familia y exhiben rasgos clínicos comunes.

> "SI BIEN IMPROBABLE, LA DESAPARICIÓN DE LA ESPECIE HUMANA NO ES IMPOSIBLE. Y NI SIQUIERA PODEMOS DECIR QUE EL ORDEN DEL UNIVERSO SUFRIRÍA GRAN MENOSCABO".

Los síntomas de la enfermedad por Covid-19 son fiebre (la mitad de los enfermos al principio, pero la mayoría, el 88.7 %, en el curso de la enfermedad) y tos (67.8 %), frecuentemente con expectoración, aunque seca al principio. Los casos graves desarrollan dificultad respiratoria y las imágenes radiográficas de los pulmones muestran, por tomografía computarizada, zonas opacas con aspecto de "vidrio esmerilado". En contados casos, este aspecto radiográfico puede faltar (2.9 %), aun habiendo síntomas graves. Una minoría de pacientes manifiesta diarrea (3.8 %) y vómito.[3]

El curso de la enfermedad en SARS y Covid-19 es similar. Generalmente transcurren entre ocho y veinte días, a partir de la aparición de los primeros síntomas, antes de sobrevenir una seria dificultad respiratoria. Pero hay también diferencias importantes. Sobre todo, la infectividad del Covid-19 es considerablemente más alta que la del SARS. Esa epidemia de 2003 causó 774 muertes entre 8,098 casos de infección reportados, y aunque se registraron casos en 26 países, la mayoría se concentró en cinco regiones: China, Taiwán, Hong Kong, Singapur y Toronto, Canadá. Para julio de 2003 —en cosa de ocho meses— la epidemia de SARS ya estaba bajo control.[4] Pero la agresividad del Covid-19 es mucho más preocupante, como veremos.

LA CONSTITUCIÓN NOVEDOSA de este nuevo tipo de coronavirus hace que el organismo humano no esté preparado para combatirlo eficazmente, lo cual a su vez facilita su transmisión rápida de persona a persona. Mientras que los pacientes con SARS en general no fueron contagiosos antes de manifestar síntomas, hay evidencia de que el Covid-19 se exporta hasta en fase presintomática, haciendo más difícil la detección de casos en una colectividad. El virus se disemina a través de las diminutas gotas de saliva o mucosidad expelidas por un individuo infectado al toser, estornudar o simplemente hablar. Estas gotas minúsculas se depositan en diversas superficies y el virus permanece viable en ellas por tiempos que varían entre horas y días, según la superficie receptora. De ahí la urgente necesidad de lavarse las manos con frecuencia, para reducir el muy alto riesgo de contagio.

Los primeros casos en Wuhan se reportaron el 29 de diciembre de 2019. Apenas un mes más tarde, el 30 de enero de 2020, el Covid-19 se reconocía internacionalmente como una *emergencia* de salud pública y el 11 de marzo de 2020, el director general de la Organización Mundial de la Salud (OMS), declaraba que la enfermedad producida por este virus existía ya en 114 países y afectaba a más de 118 mil personas. El nombre de *pandemia* quedaba plenamente justificado. Al propio tiempo, el director de la OMS expresaba su "profunda preocupación por los alarmantes niveles de difusión y severidad (de la enfermedad), a la par de los alarmantes niveles de inacción" (de las autoridades sanitarias en todo el mundo).

Un estudioso de las epidemias, Charles Rosenberg,[5] ha tratado de construir una especie de arquetipo conceptual de lo que constituye una epidemia. Advirtió que este término se trivializa,

Fuente > fayerwayer.com

Máscara que usaban los médicos durante las epidemias de peste en la Edad Media.

se usa impensadamente, divorciado de sus profundas raíces emocionales, como cuando se habla de una *epidemia de obesidad*, *de drogadicción* o *de accidentes automovilísticos*. La tremenda realidad varias veces milenaria que subyace al vocablo es el miedo a la muerte: una muerte temprana, más o menos súbita y que afecta a muchos miembros del grupo al cual pertenecemos. *Esto* es lo que verdaderamente remueve nuestras entrañas al pronunciar o al oír la palabra *epidemia*, no la obesidad, o las drogas, o los autos chocados. Además, la idea conlleva la noción de tensión creciente y eventual resolución. Como quedó dicho, las epidemias matan sin piedad y después se desvanecen. Pero antes de su terminación, el número de muertes que provocan puede ser altísimo. Es por eso que el rápido avance de la nueva epidemia constituye un legítimo motivo de alarma.

Una amenaza mortal que pende, como la espada de Damocles, sobre los seres humanos y ejerce un efecto revelador: descubre qué es lo que verdaderamente le importa a la gente; saca a la superficie pasiones ignominiosas, conflictos vergonzantes y complejos celosamente encubiertos. Un aspecto dramático de esta reacción es la búsqueda de un chivo expiatorio. De lo más profundo del subconsciente de las víctimas —aterrorizadas por las muertes que ven ocurrir a diestra y siniestra— surge la disparatada necesidad emocional de ofrecer a los dioses un sacrificio expiatorio para calmar la ira divina. En el pasado, las suplicaciones tomaban la forma de procesiones religiosas, rogativas y letanías expiatorias. No siempre servían: en el siglo VI, el papa Pelagio II (quien fue jerarca católico de 579 a 590) se colapsó en medio de una misa de suplicación durante un brote de peste, y el obispo e historiador Gregorio de Tours afirma que vio ochenta feligreses caer muertos durante el servicio religioso.

EN LAS CATÁSTROFES MASIVAS siempre se ha buscado alguien a quién culpar, a quién transferir y sobre quién fijar *mágicamente* el mal que nos aqueja. Éste suele ser un extranjero; es *el Otro*, el que está fuera de la sociedad. En la Edad Media, los judíos fueron tenidos por *culpables* de epidemias y otras desgracias colectivas. Hoy día, la historia se repite: los diarios estadunidenses reportan delitos de inspiración racista durante la epidemia. Personas de aspecto asiático sufren insultos en la calle; hay necios que les gritan: "¡Regresa a tu país! ¡Nos traes la enfermedad!" o "¡Llévate a China tu maldito virus!", y a veces los agreden físicamente. La hostilidad contra los chinos en Estados Unidos no es nueva: se vio durante la epidemia de peste en San Francisco en 1900, durante la epidemia de SARS en 2003, y hoy se repite con la propagación de Covid-19.

Por desgracia, un gobierno insensible y ultranacionalista no ayuda a restaurar la cordura en tiempos de crisis. El presidente de Estados Unidos, Donald Trump, frecuentemente se refiere al Covid-19 como *el virus extranjero* (*the foreign virus*); el secretario de Estado, Mike Pompeo, usa la expresión *el virus de Wuhan*, mientras el diputado republicano Kevin McCarthy suele hablar del *coronavirus chino*, exacerbando así el prejuicio xenofóbico entre las masas ignorantes.

Tampoco se crea que los chinos se han quedado callados. Zhao Lijian, portavoz del gobierno chino, ha propalado una versión según la cual los estadunidenses fueron quienes introdujeron el virus a China, cuando enviaron un grupo de más de 280 personas a una competencia deportiva internacional (los Military World Games) en Wuhan, en octubre 2019, antes de que se reportara el primer brote de la epidemia.[6] Hay también la hipótesis de que el virus se originó en el pangolín, un mamífero desdentado en peligro de extinción, del orden *Pholidota*, cuyo cuerpo está cubierto de escamas que se erizan cuando el animal se enrolla en bola para defenderse. Su carne y escamas se usan en la medicina tradicional china.

"EN LAS CATÁSTROFES SIEMPRE SE HA BUSCADO ALGUIEN A QUIÉN CULPAR, SOBRE QUIÉN FIJAR EL MAL QUE NOS AQUEJA. ÉSTE SUELE SER UN EXTRANJERO".

Fuente > fineartamerica.com

La gran peste de Londres en 1665.

PUESTO QUE NO EXISTEN actualmente vacunas ni tratamientos específicos contra el Covid-19 (y aunque se descubrieran mañana, no estarían disponibles para uso masivo antes de un año o año y medio, de acuerdo con el doctor Anthony Fauci, jefe de la División de Alergia y Enfermedades Infecciosas del Instituto Nacional de la Salud en Estados Unidos), no queda más que recurrir a las únicas medidas por ahora capaces de mitigar la proliferación de los contagios. Éstas son: el aislamiento, es decir, la separación de los enfermos y los individuos no infectados; la cuarentena; la separación física en el trato consuetudinario interpersonal (no saludarse de manos, no abrazarse, evitar toda proximidad de menos de dos metros entre personas); y medidas diseñadas para evitar las aglomeraciones, como cerrar escuelas, teatros, estadios, bares, restaurantes, y cancelar las reuniones públicas. Conviene reiterar aquí la importancia crucial del frecuente lavado de manos.

Nótese que no se habla ya de *contención* propiamente dicha de la enfermedad. En el momento en que esto se escribe, se ha llegado a la certeza de que es demasiado tarde para impedir la diseminación de casos individuales. Hoy se aspira únicamente a la *mitigación* de la enfermedad, es decir, a desacelerar su rapidísima multiplicación exponencial en la comunidad. El objetivo es reducir el número promedio de casos secundarios que cada persona infectada genera, y así reducir el *pico* de incidencia de la enfermedad. Con esto se pretende minimizar el impacto sobre los servicios públicos, el cual puede añadir una dimensión trágica al ya serio problema. Por ejemplo, si el número de enfermos graves excede con mucho al número de camas, ventiladores mecánicos, respiradores, tanques de oxígeno, enfermeras y otros elementos disponibles en los hospitales, ¿qué sucedería? Los médicos, los administradores del hospital, se verían obligados a imponer criterios selectivos para atender a los enfermos (lo que en inglés y en francés se llama *triage*). Un médico o cualquier empleado jerárquico en su lugar diría: "Esta mujer tiene cuarenta y cinco años, dos hijos y trabaja; por tanto merece recibir tratamiento en la unidad de cuidados intensivos. Este hombre tiene setenta años y está retirado, su expectativa de vida futura es reducida; luego entonces, le negamos la admisión".

En otras palabras, la vida humana dependería de decisiones arbitrarias, las cuales, como enseña la experiencia, a veces recaen en los jueces más insensibles y torpes que pueda imaginarse. En Italia se ha llegado ya a ese extremo, como puede oírse en una desgarradora conversación grabada por *The New York Times* con un médico de una población cercana a Milán.[7]

CHINA HA SIDO EL MODELO a seguir en cuanto a la implementación de medidas comunitarias de *mitigación* y control de la enfermedad por Covid-19. En mayo de 2003, las autoridades chinas cerraron prácticamente toda la ciudad de Pekín para combatir el SARS, clausurando más de tres mil 500 espacios

Fuente > vox.com

públicos. Con esas y otras providencias lograron controlar el brote, y con medidas igualmente draconianas, bajo severísimo control, han podido controlar el Covid-19 en China. En la ciudad de Nankín, los nuevos casos se han reducido casi a cero, como se ilustra en un video que circula en las redes sociales.[8]

Resta por saber si la contención del mal será permanente, y hasta qué punto los países occidentales podrán imitar el gigantesco esfuerzo chino. Profundas diferencias sociales, culturales, económicas y políticas hacen difícil reproducir una empresa de tal magnitud. Las resoluciones que en China se adoptaron se consideran *medidas extremas* en los países occidentales. Y sin embargo, la furia de la epidemia puede forzar su aplicación en nuestras latitudes, incluyendo América Latina, como ya ha sucedido en Italia. Un detallado estudio de investigadores británicos, presentado a la Casa Blanca, concluye que si no se adoptan esas medidas y no se inventa una vacuna o medicación efectiva, la mortandad por Covid-19 en Estados Unidos podría alcanzar la cifra de 2.2 millones de personas, y que "aun si todos los pacientes pudieran ser hospitalizados, la cifra podría alcanzar hasta 1.1 o 1.2 millones".[9]

SALGO DE MI DEPARTAMENTO, en la ciudad estadunidense donde habito, a comprar provisiones. El gobierno aconseja a los ciudadanos abastecerse lo suficiente para sortear dos semanas de reclusión, en caso de ser necesario vivir encerrados en cuarentena —o *agachados* (*hunkered down*), según dice el presidente en su habitual e inelegante habla coloquial.

De nada vale mi salida, los estantes en las tiendas están vacíos de provisiones de primera necesidad que la gente, presa del pánico, se ha precipitado a adquirir. Infames explotadores compraron en grandes cantidades y ahora revenden los artículos almacenados a precios escandalosamente altos. En una reacción tardía, los comerciantes han racionado ciertos productos: anuncian que está prohibido adquirir más de dos por cliente.

Vuelvo al departamento a través de calles grises, frías, calladas: los cafés, los restaurantes, los teatros: todo está cerrado. Se han prohibido las reuniones de más de diez personas; se exhorta a la gente a permanecer en casa, excepto por necesidades urgentes. En Francia, a partir del martes 17 de marzo, todo el país está en cuarentena, y quien sale de su casa sin motivo válido puede ser multado con 135 euros.[10] La escritora americana Vivian Gornick celebró en sus memorias los paseos callejeros que hacía con su madre en una gran ciudad:[11]

> Constantemente alcanzamos a oír trozos de conversaciones; percibimos fugaces imágenes de gente en expresiones y gestos inhabituales. No existe en el mundo ciudad pequeña que duplique esa experiencia. En la calle, hay una corriente perenne de conexiones momentáneas que tiene su propia vida, su vivacidad particular: es irremplazable.

En lugar de este dinamismo, encuentro una calle semidesierta, envuelta en un silencio que no puedo sino calificar de *sepulcral*. El riesgo de muerte por Covid-19 es diez veces más alto que el de la influenza común. Es mayor en los adultos de más de sesenta años (sobre todo si tienen enfermedades debilitantes) que en los jóvenes; pero el riesgo más alto es el de los ancianos mayores de ochenta años. Estas estadísticas —escuetas, concisas, sobrias— no pueden menos que impactarme con su inflexible nitidez: hace varios años que soy octogenario.

No sé si saldré con vida de esta epidemia. Mi sistema inmunológico es viejo: de seguro sufre los achaques de la senescencia biológica. Pero mi vida es insignificante en el descomunal, formidable contexto de una pandemia. Ésta, la del Covid-19, pasará, como todas las precedentes. ¿Cuántos morirán? Imposible saberlo. Puede ser que se descubra un fármaco o una vacuna que aminoren el número de muertes, de otro modo serán muy numerosas. Pero esta epidemia pasará y vendrán otras.

Como los ángeles exterminadores de los que hablan los libros sagrados, otras pandemias surgirán, misteriosas, invisibles, venidas de quién sabe qué profundidades desconocidas. Cuando suene su lúgubre hora, se abatirán sobre los seres humanos y los depondrán en sus tumbas en masa, hasta que la ciencia y el ingenio humano de nuevo revelen el plan funesto y detengan la horrenda masacre.

"NO SÉ SI SALDRÉ CON VIDA DE ESTA EPIDEMIA. MI SISTEMA INMUNOLÓGICO ES VIEJO: DE SEGURO SUFRE LOS ACHAQUES DE LA SENESCENCIA BIOLÓGICA. PERO MI VIDA ES INSIGNIFICANTE EN EL DESCOMUNAL CONTEXTO DE UNA PANDEMIA".

REFERENCIAS

[1] Émile Littré: "Les Grandes Épidémies", *Revue de Deux Mondes*, tomo 5, 1836, pp. 1-17.

[2] Na Zhu, *et al.*, "A Novel Coronavirus from Patients with Pneumonia in China, 2019", *New England Journal of Medicine*, 382, núm. 8, 20 de febrero, 2020, pp. 727-733.

[3] Wei-jie Guan, *et al.*, "Clinical Characteristics of Coronavirus Disease 2019 in China", *New England Journal of Medicine*, 28 de febrero, 2020, DOI: 10.1056/NEJMoa2002032

[4] Annelies Wilder-Smith, *et al.*, "Can We Contain the Covid-19 Outbreak with the Same Measures as for SARS?", *Lancet Infectious Disease*, marzo 5, 2020: https://doi.org/10.1016/S14733099(20)30129-8

[5] Charles Rosenberg, "What is an Epidemic? AIDS in Historical Perspective", *Daedalus* 118, núm. 2 (Spring, 1989), pp. 1-17.

[6] Steven Lee Myers, "China's Spin on Outbreak: US Might Have Started It", *Chicago Tribune*, 17 de marzo, 2020, p. 12.

[7] "*It's like a war*" ("Es como una guerra"), conversación del periodista Michael Barbar con el doctor Fabiano di Marco, profesor de la Universidad de Milán y jefe de servicio de la Unidad de Enfermedades Respiratorias del Hospital Papa Giovanni XXIII de Bergamo, Italia. Grabación registrada por Lynsea Garrison, *et al.*, *The New York Times*, 17 de marzo, 2020. https://www.nytimes.com/2020/03/17/podcasts/the-daily/italy-coronavirus.html?rref=vanity

[8] Véase el video en youtube: https://www.youtube.com/watch?v=YfsdJGj3-jM&feature=youtu.be

[9] Neil M. Ferguson, *et al.*, "Impact of Non-Pharmaceutical Interventions (NPIs) to Reduce Covid-19 Mortality and Healthcare Demand", *Imperial College Covid-19 Response Team*. DOI: https://doi.org/10.25561/77482. Véase también: Sheri Fink, "White House Takes New Line After Dire Report on Death Toll", *The New York Times*, 17 de marzo, 2020, y en la misma edición, Spencer Bokat-Lindell, "How to Socially Distance and Stay Sane".

[10] Editorial de *Le Monde*, "Coronavirus: vers l'instauration d'un 'état d'urgence sanitaire' en France où le nombre de contaminations augmente", 17 de marzo, 2020. https://www.lemonde.fr/planete/article/2020/03/18/coronavirus-l-amende-pour-non-respect-du-confinement-portee-a-135-euros_6033493_3244.html

[11] Vivian Gornick, *Fierce Attachments. A Memoir*, Farrar, Strauss & Giroux, Nueva York, 1987.

La aparición del Covid-19 ha puesto en evidencia, una vez más, la total vulnerabilidad humana. Revela sin misericordia lo frágil de la especie, a pesar de avances científicos y tecnológicos. Al activarse nuestros temores ancestrales, recurrimos a explicaciones apocalípticas que buscan a un culpable, *mientras nos refugiamos en la compañía virtual de las redes sociales y nos preguntamos, desde la incertidumbre, qué sigue mañana. Son algunos de los temas que analiza Naief Yehya en este ensayo de filosas conclusiones.*

LA EPIDEMIA DE LA SOLEDAD DIGITAL

NAIEF YEHYA
@nyehya

1. La tarde del miércoles 11 de marzo, mientras caminaba por el desolado aeropuerto de Syracuse, Nueva York, entre comercios cerrados, salas desiertas, asientos vacíos y un bar con apenas una mesa ocupada, pensé que el temor, la precaución y el buen juicio ante la posibilidad de una epidemia habían creado el ambiente perfecto para viajar, un estado de ligereza y eficiencia rara vez permitido por los tumultos creados por la voracidad y ambición de las aerolíneas. Claramente esa tranquilidad era un espejismo, un tenue velo del desasosiego.

Eran las primeras y muy confusas señales de que la epidemia remota que veíamos ocurrir, casi como entretenimiento morboso, primero en Wuhan y luego en Lombardía, nos estaba alcanzando en Estados Unidos. Tras los videos posteados en redes sociales de policías en China, tomando la temperatura de la gente y aprehendiendo con brutalidad asombrosa a quienes la tenía alta, pasamos a las desgracias de los cruceros convertidos en gigantescas placas de Petri; fueron aislados a su suerte y más tarde se volvieron la versión contemporánea del mito de la nave de los locos, con gente fuera de sus cabales navegando a la deriva, rechazados por todos los puertos como apestados. En las estadísticas de infectados en el mundo por el coronavirus, la embarcación Diamond Princess aparece como si fuera un país, lo cual pone en evidencia que en una pandemia la noción de patria se convierte en un concepto frágil.

Al abordar un avión semivacío hacia el Aeropuerto Kennedy de Nueva York, lo abstracto comenzó a tomar forma pero seguía pareciendo un acontecimiento exótico, algo que tan sólo podía asir como reflejo de las epidemias cinematográficas que han moldeado nuestro entendimiento de los contagios y la sinrazón de las masas. La epidemia de películas y series sobre zombis y plagas se ha encargado en este siglo de educar nuestra respuesta a la propagación del horror con estrategias de supervivencia paranoica, egoísta e hiperarmada. No por nada hay colas en las tiendas de armamento en Estados Unidos, donde la gente busca desesperadamente comprar pistolas o rifles semiautomáticos en previsión de los disturbios y el vandalismo que, imaginan, serán inevitables porque así lo han visto en incontables *thrillers* y juegos de video.

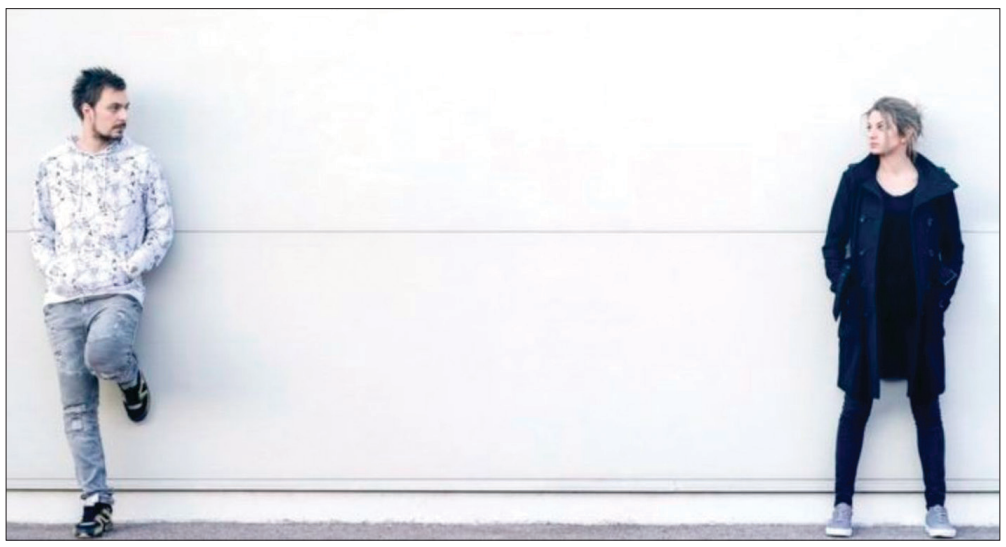
Muy pronto, a los aeropuertos vacíos siguieron los tumultos en los supermercados y la histeria por comprar desinfectantes, guantes, máscaras y botellas de agua. Compras irracionales con que canalizamos nuestro poder de adquisición, el único poder restante de la burguesía que ha perdido el apetito por la democracia y la conciencia de sus derechos elementales. La ilusión de comprar nos hace libres, nos brinda seguridad y refugio para nuestras ansiedades, además de ser el sustento del orden imperante. Y nada podía reflejar con más puntería el estado de la cultura cínica y desesperanzada del Antropoceno que las rebatingas por acaparar papel higiénico en medio de una epidemia respiratoria y pulmonar. La acumulación histérica de ese producto en particular es un síntoma del consumo compulsivo, del desperdicio irresponsable, de la obsesión de confort y la frustración depresiva de la segunda década de siglo XXI.

2. Las pandemias siempre comienzan con virus o agentes patógenos originados en lo que se percibe como tierras remotas (China, África, Kazajistán, el Medio Oriente o Wisconsin) y su propagación, que se debe a los viajes internacionales, el comercio o las guerras, va de la mano con el miedo, la xenofobia y la desinformación. La epidemia no sólo es el impacto biológico de una enfermedad contagiosa sino también las políticas de control de masas que aplican (o no) las autoridades. Como escribe Ivan Krastev, las epidemias son así un dispositivo para el análisis social que revelan lo que realmente importa a la población y lo que en verdad valora. "Cada epidemia conocida ha sido enmarcada y explicada no simplemente como una crisis de salud pública sino también como una crisis moral", señala.

Fuente > hispanidad.com

Las zoonosis, que son las enfermedades que se transmiten entre animales y pueden saltar de una especie a otra, incluido el hombre, están en el origen de alrededor de tres cuartas partes de las epidemias. Al domesticar al caballo la humanidad obtuvo la gripa común; la gallina nos trajo la varicela, la gripe aviar y el herpes zóster; criar cerdos fue el origen de la influenza y el sarampión; al ganado vacuno le debemos los contagios de viruela y tuberculosis. Los coronavirus son llamados así por tener una forma que evoca una corona y son responsables de alrededor del diez por ciento de las gripes comunes y de por lo menos tres infecciones graves que han saltado a la humanidad en este siglo: primero fue el Síndrome Respiratorio Agudo Grave (SARS, por sus siglas en inglés), a finales de 2002; el Síndrome Respiratorio de Oriente Medio (MERS) en 2012; y el actual Covid-19, que apareció en el invierno de 2019 y del cual aún no se sabe mucho.

A pesar de sus orígenes animales, el Covid-19 tiene la extraña característica de estar perfectamente conformado para infectar y afectar seriamente a los seres humanos, lo que ha dado lugar a sospechas conspiratorias y paranoicas. Sin embargo, basta considerar que en la naturaleza existen miles de millones de virus en continua mutación y, por simple estadística, no es raro que uno desarrolle las características necesarias para volverse un eficiente asesino de humanos. El SARS-clásico (como



Fuente > mdzol.com

lo llaman ahora con cierta ironía) apareció también misteriosa y súbitamente, atropellando a la humanidad y cobrando un número asombroso de vidas en un periodo muy breve. Pero de la misma manera que surgió, desapareció sin que se llegara a crear una vacuna para contenerlo.

No obstante el conocimiento científico de los microorganismos y sus mecanismos, en gran medida nos seguimos relacionando con las enfermedades infecciosas como si fueran provocadas por agentes místicos, humores, emanaciones, alientos sobrenaturales, miasmas y fuerzas de otros mundos. Así como antes se responsabilizaba a los cometas, a los judíos y a los chinos (o a quienes parecieran chinos), hoy circulan rumores de que el coronavirus es un arma biológica (que dos científicos chinos robaron de un laboratorio canadiense, o bien que la CIA desarrolló para destruir el potencial económico chino y al gobierno iraní), o incluso que es una política comercial controlada por George Soros y Bill Gates. Las epidemias están entrelazadas con mitos apocalípticos en todos los continentes, desde la peste bubónica hasta el coronavirus, pasando por la fiebre amarilla, la influenza española y el sida. La invisibilidad de los virus y bacterias es imbatible, y ante la ausencia de vacunas o remedios farmacológicos nos queda el recurso de la higiene, el aislamiento y la cuarentena, métodos medievales de supervivencia que obviamente no aseguran la inmunidad absoluta pero son la única y mejor opción.

3. CUANDO EL CORONAVIRUS comenzó a sembrar caos y muerte, las autoridades de varios países empezaron a predicar la política de distanciamiento social: evitar el contacto y la proximidad entre la gente. Es claro que los contagios siempre se han combatido manteniéndose lejos de los enfermos, pero en este caso, debido a la dificultad de obtener una prueba para esta enfermedad, la respuesta fue alejarse de todos, incluso de nuestros seres queridos. Y en sólo unas semanas asumimos este sacrificio extremo con voluntad y hasta cierto entusiasmo.

El distanciamiento social se ha vuelto el nuevo nombre de la solidaridad, dice Krastev. Perder el derecho a dar abrazos, besos y estrechar manos será una renuncia traumática, ojalá temporal, con la que habremos de lidiar de alguna manera en el futuro.

Escondernos y levantar muros entre los individuos parece ahora una estrategia moral y responsable. Ésta es la epidemia de la soledad digital, de alejarse de los amigos, los familiares más frágiles y los ancianos para buscar asilo en la convivencia de las redes sociales. Al alejarnos de la vida callejera y las rutinas, con el cierre de restaurantes, bares, comercios, museos, templos y gimnasios, así como con la prohibición de bodas, entierros y eventos sociales de todo tipo, nos hemos refugiado en Netflix, Amazon y otros servicios de *streaming*, al tiempo que nuestra supervivencia queda en manos de las empresas e individuos que se dedican a entregar comida, medicinas y bienes a domicilio. El orden mundial depende más que nunca de mensajeros en motos y bicicletas, trabajadores con pagas paupérrimas, situados en el nivel más bajo de la pirámide social. Ojalá sepamos recompensarlos cuando pase por fin la emergencia.

A diferencia de otras crisis de gran magnitud, en esta ocasión —apunta Krastev— algunos gobiernos no tienen miedo de crear pánico: por el contrario, recurren a él como la única manera de imponer el aislamiento voluntario. Por supuesto, es un atentado contra la democracia, la libre circulación y el respeto a los derechos individuales, pero también resulta una urgente expresión de realismo por parte de quienes no tienen idea de cómo defender a la población. Ahora bien, esta distancia social, llevada a su siguiente paso, implica paralizar las actividades, primero las no esenciales y poco a poco las más importantes e incluso vitales para la sociedad. De cualquier modo, toda respuesta gubernamental será juzgada por ser demasiado agresiva o laxa, demasiado tardía o temprana. Ordenar el encierro de la población es una difícil elección entre, por un lado, salvar vidas de una amenaza ambigua y, por otro, destruir la economía.

Una de las más extrañas peculiaridades de esta enfermedad es su selectividad. A diferencia de otras crisis que amenazan por igual a la población, ésta se enfoca en grupos que son más vulnerables que otros. Inicialmente se insistió que los niños y jóvenes no tenían mucho que temer; en cambio, para los mayores de sesenta años el factor de riesgo crece en proporciones considerables. Pero cifras aparecidas en la tercera semana de marzo parecen contradecir esta afirmación, aunque el mensaje ya había sido asimilado. Buena parte de los jóvenes se niegan a someterse al distanciamiento social y eventualmente romperán con el aislamiento, lo que traerá un choque intergeneracional y posiblemente otras olas de contagio.

En esencia, la estrategia ha sido tratar de *aplanar la curva*, lo cual se refiere a lograr que la gráfica del número de contagios en el tiempo no tenga una forma puntiaguda, sino que parezca una curva lo más cercana posible a una línea horizontal: de esa manera no se tiene un alto número de casos de infección al mismo tiempo, sino que se distribuyen en un periodo largo. Muchos no ven esto como un método científico sino como la mera administración de los recursos médicos, algo que se ha resumido en la crudeza con que los médicos italianos defienden su decisión de asignar los ventiladores a quienes tienen más posibilidades de sobrevivir, dejando morir a los viejos y a los más frágiles.

Al tiempo que se impone erigir barreras entre ciudadanos, también se trata de cerrar fronteras. Lo cual una vez que ha estallado la pandemia es un tanto redundante: el mal ya ha entrado, ¿de qué sirve encerrarnos con él? Las restricciones de viaje han causado pánico, tumultos, confusión

"A DIFERENCIA DE OTRAS CRISIS DE GRAN MAGNITUD, EN ESTA OCASIÓN —APUNTA KRASTEV— ALGUNOS GOBIERNOS NO TIENEN MIEDO DE CREAR PÁNICO: POR EL CONTRARIO, RECURREN A ÉL COMO LA ÚNICA MANERA DE IMPONER EL AISLAMIENTO VOLUNTARIO".

y aglomeraciones que han expuesto a nacionales y extranjeros, así como a agentes de seguridad, empleados de aerolíneas y aeropuertos, entre otros, a contraer la enfermedad. Esto sucedió, por ejemplo, cuando el gobierno estadunidense impuso nuevas restricciones para viajeros en varios aeropuertos, incluyendo Nueva York, Chicago y Los Ángeles, donde los recién llegados tuvieron que esperan en espacios atestados hasta por siete horas. En vez de restricciones fronterizas improvisadas que no aportan beneficio alguno, lo que realmente hace falta es cooperación internacional y claridad en la información. La única certeza es que en un mundo hiperconectado los virus no tienen en cuenta las fronteras. Como señala Byung-Chul Han: el cierre de fronteras indica la soberanía de la desesperación.

Cuando comienzan las señales de la epidemia, la gente tiende a creer en disparates y supersticiones, pero a medida que la realidad de la emergencia de salud se materializa a nuestro alrededor, la gente busca la seguridad que promete la medicina. Durante los últimos años, los políticos populistas se han dedicado a ridiculizar a los expertos y a denunciar el conocimiento científico para en cambio dar relevancia a las intuiciones y las corazonadas. La aterradora posibilidad de morir de asfixia con los pulmones inundados de mucosidad resulta una excelente motivación para recuperar la confianza en la ciencia.

4. Mientras los epidemiólogos buscan los orígenes y vectores del contagio, en los medios y la cultura popular hay una obsesión por encontrar al responsable de la enfermedad, al primer paciente documentado en una epidemia, el caso índice o paciente O, que por maldad o estupidez desató la calamidad en la masa. Crear a un villano capaz de contaminar a una comunidad es útil en términos narrativos y para dar sentido a una catástrofe inmensa, provocada por una entidad microscópica que no está realmente viva y carece de voluntad, pero sin duda es inútil para entender la verdadera naturaleza de una epidemia. Uno de los primeros recuentos populares modernos en que se responsabilizaba a una persona de una epidemia fue el de *Typhoid* Mary, quien se volvió sinónimo del portador irresponsable. La historia de la inmigrante irlandesa Mary Mallon, acusada de infectar deliberadamente a familias neoyorquinas para las que trabajaba como cocinera, es otro reflejo del clasismo y nativismo que fue usado con el fin de segregar a los inmigrantes.

> "ES CLARO QUE LAS AUTORIDADES LOCALES EN WUHAN OCULTARON LA MAGNITUD DE LA EPIDEMIA; MINTIERON Y DESINFORMARON EN UN INTENTO DE EVADIR LA RESPONSABILIDAD".

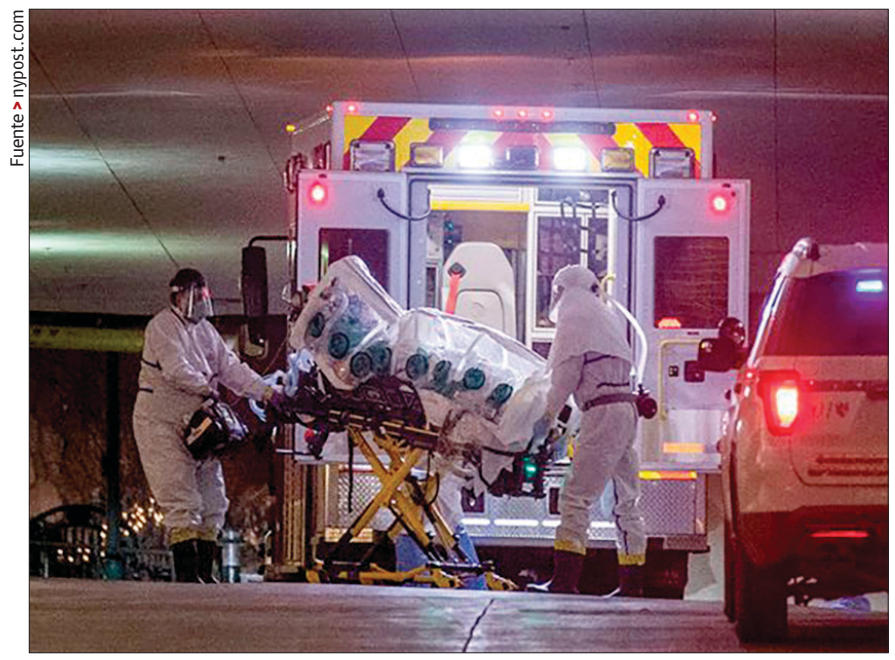
Curiosamente, el uso del término *paciente O* se debe a un error: en un estudio de 1984 sobre el SIDA, los Centros para el Control de Enfermedades (CDC) denominaron al primer caso como *paciente O* (la letra *o* y no el número cero) por su origen geográfico: *Patient Out of California*. En el caso del SIDA, durante años se creyó que Gaëtan Dugas, un sobrecargo canadiense, había sido responsable de toda la contaminación del VIH en Norteamérica, del cual supuestamente se contagió en Haití o Europa. De acuerdo con el periodista Randy Shilts en su exitoso libro de 1987, *And the Band Played On*, sabiendo que estaba enfermo Dugas tuvo relaciones sexuales con alrededor de 250 personas por año, y llegó a decirles a algunos: "Estoy enfermo del cáncer gay. Voy a morir y tú también". Dugas falleció en 1984 y esta historia dejó de considerarse cierta cuando una investigación publicada en 2016 demostró que el SIDA llegó a Estados Unidos vía el Caribe, mucho antes de que Dugas se contagiara, probablemente en 1971.

El primer caso de coronavirus aparece el 17 de noviembre de 2019. Se trata de una persona de 55 años de la ciudad de Wuhan, en la provincia Hubei: una "neumonía de causa desconocida" que se reveló hasta el 30 de diciembre. La mayor parte de los primeros casos están relacionados con el mercado de animales de Huanan, donde una variedad de especies tienen estrecho contacto y conviven en pobre higiene en espacios confinados. Al parecer el virus está relacionado con los murciélagos, como otras enfermedades similares, pero quizá se transmitió a los humanos vía el pangolín.

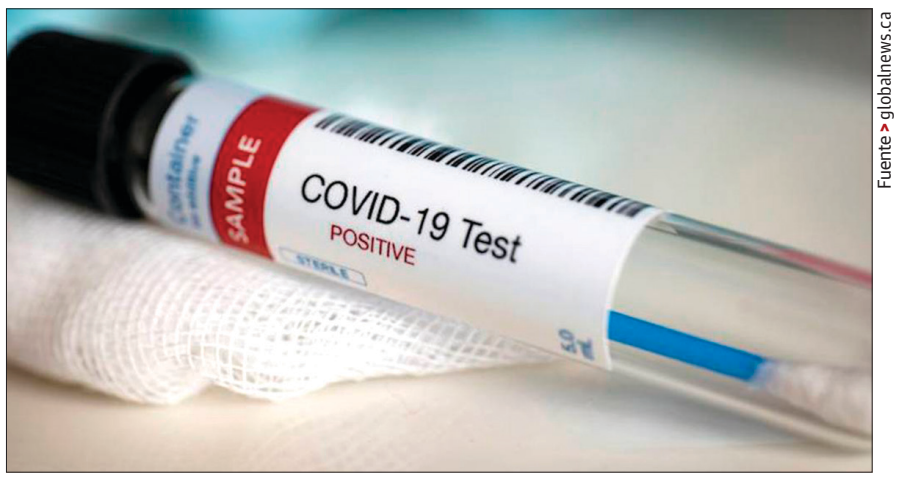
Es claro que las autoridades locales en Wuhan ocultaron la magnitud de la epidemia; mintieron y desinformaron en un intento por evadir la responsabilidad. El ejemplo más escandaloso fue que quisieron silenciar al doctor Li Wenliang, quien desde el 30 de diciembre pasado trató de prevenir a sus colegas en otras partes del mundo sobre la epidemia. Por esto fue acusado de difundir rumores falsos y perturbar severamente el orden. El 30 de enero fue diagnosticado como infectado de coronavirus y murió el 7 de febrero. El 11 de marzo, mientras yo volaba de regreso a Brooklyn, la Organización Mundial de la Salud declaró que estábamos en una pandemia. Enseguida comenzaron a correr rumores de que el coronavirus comenzó en una persona había comido una sopa de murciélago y no faltó quien posteara absurdos videos en YouTube mostrando el fatídico instante de la infección.

China desperdició siete semanas en las que pudo movilizarse, hasta el 23 de enero, cuando aplicó medidas draconianas de aislamiento a unos cincuenta millones de habitantes. Sin embargo, antes habían permitido grandes concentraciones de gente y anunciaron la cuarentena ocho horas antes de ejecutarla, con lo que alrededor de cinco millones de personas salieron de la ciudad propagando la epidemia a otras regiones. China envió a 40 mil médicos a Wuhan, lanzó una intensa campaña propagandística, enroló a cientos de miles de voluntarios, construyó docenas de hospitales y ejerció un severo control de la población por medio de sus teléfonos celulares y cámaras de vigilancia. En principio, esta estrategia dio buenos resultados ya que aparentemente los nuevos contagios en China se detuvieron desde mediados de marzo. Hoy las democracias occidentales se preguntan cómo imitar los métodos de gobierno de Beijing, Corea del Sur, Singapur y Taiwán sin enajenar a sus poblaciones. Al mismo tiempo que buena parte del mundo culpa a China de haber desatado la pandemia por negligencia, el régimen de Xi Jinping trata de mostrar superioridad moral, política y tecnológica al asumir el liderazgo en la lucha contra la enfermedad, al distribuir equipo médico y asesoría a otros países.

Históricamente, China ha sido señalada como el origen de varias epidemias, incluyendo la peste negra que a mediados del siglo XIV asoló Europa. Sin embargo es muy probable que ésta haya surgido en Asia central y de ahí se haya extendido tanto al oriente como al occidente. En 1894 la peste bubónica, que está relacionada con la peste negra, apareció en la provincia de Yunan, se extendió a Hong Kong y de ahí a la India y numerosos


Fuente > nypost.com

puertos en todo el mundo, arrastrando a su paso una profunda desconfianza y desprecio por los chinos que se manifestó en políticas racistas. Siguiendo esa vieja tradición, Trump insiste en llamar al Covid-19 *el virus chino* (después de llamarlo *virus extranjero*), como si las enfermedades tuvieran determinada etnicidad y sin entender las posibles repercusiones que implica contra la comunidad estadunidense de origen chino y del este asiático en general.



Fuente > globalnews.ca

5. TRUMP LLEGÓ AL PODER con un programa político nacionalista y xenofóbico que encontró millones de seguidores apasionados que lo vieron como el líder que los regresaría a un pasado idílico de grandeza. Desde que el empresario con cinco bancarrotas tomó el poder, la bolsa de valores venía subiendo con la inercia de ocho años del gobierno de Obama. Los mercados bursátiles respondieron positivamente a sus políticas de incentivos fiscales para las clases altas y sus políticas de desregulación masiva. Muy probablemente hubiera llegado a buscar la reelección en noviembre de 2020 con un nivel bajísimo de desempleo y la economía cabalgando sobre la salud de Wall Street. Sin embargo, el virus que Trump denunció como una estafa más de los demócratas y como algo que desaparecería mágicamente, evaporó en un par de semanas todas las ganancias del mercado de valores desde su toma de posesión. El presidente no pudo seguir ignorando la epidemia cuando la bolsa se desplomó, anunciando una casi inevitable recesión de consecuencias planetarias catastróficas. Por si hiciera falta un epígrafe decisivo de la presidencia de Trump, quedará en la memoria su frase "No me responsabilizo de nada", dicha en una conferencia de prensa cuando le preguntaron si él tenía alguna culpa de la situación.

En 2018, el gobierno de Trump despidió a su equipo de seguridad internacional e impuso recortes de hasta 80 % en el presupuesto de los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades (CDC, por sus siglas en inglés) en su labor de combatir enfermedades infecciosas en el mundo. Esto dejó al país y al mundo en situación vulnerable; dado que el gobierno de Trump rechazó las pruebas para coronavirus de la OMS, el país quedó por semanas sin medios para detectar la presencia del virus (las primeras pruebas elaboradas por los CDC tenían un defecto de diseño). Al despedir a sus expertos en pandemias Trump pensó, con su mentalidad de usurero, en ahorrar, confiado en que podía volverlos "a contratar muy muy rápido si hacen falta". El tratamiento de las pandemias es siempre reactivo, y como dijo alguien, tratar de enfrentar esta crisis sin un equipo de expertos establecido con numerosos protocolos probados es como si una vez que se tiene un incendio se decidiera crear un departamento de bomberos.

Hoy, mientras el número de infecciones aumenta exponencialmente y Nueva York se convierte en el epicentro de la pandemia en Estados Unidos, un sistema de salud privado, concebido para generar enormes beneficios económicos a las aseguradoras, farmacéuticas y corporaciones, no parece adecuado para responder a la crisis y revela la catástrofe que es no tener un sistema de salud público. La producción de insumos médicos básicos tampoco es suficiente, hay carestía de máscaras, lentes, guantes y respiradores artificiales. Hasta ahora los países que han tenido mejores resultados con la contención de la epidemia han actuado a partir de una coordinación centralizada. El compromiso debe ser homogéneo en todos los niveles, no puede dejarse al criterio de cada comunidad elegir qué medidas quiere o no quiere aplicar.

Resulta una ironía gigantesca que una pandemia sin precedente en el mundo moderno aparezca en una época de nacionalismos enfebrecidos, de *America First* y de regímenes xenófobos que de pronto descubren que no hay supervivencia en el aislamiento y dependen de otras naciones para su salvación. Asimismo, décadas de neoliberalismo, de recortes a programas sociales y de embates en contra de los servicios de salud públicos demuestran que han dañado de manera devastadora los sistemas y el potencial de respuesta de los estados. El desprecio de Trump y sus aliados a la OMS y otras organizaciones internacionales de las que depende la recuperación del mundo ahora muestra sus consecuencias. La lógica misma de los mercados es un obstáculo para la supervivencia y debe ser contrarrestada con acciones tajantes, como impedir que se lucre con insumos necesarios para tratamiento y salvaguarda de la población.

En medio del caos, Trump ha intentado disfrazar sus políticas nativistas y xenofóbicas como si se tratara de acciones en favor de la salud pública, ya sea la construcción de un muro en la frontera con México, la prohibición contra los musulmanes, el aumento en las deportaciones, el rechazo a peticiones de asilo y el bloqueo contra China. Pero una pandemia pone en evidencia que si una nación enferma, todas las demás corren el riesgo de contagiarse, y que la salud de cualquier comunidad es tan frágil como la condición de los más desprotegidos.

Vivir una pandemia real, que prácticamente en todo el mundo produce las mismas ansiedades y temores, donde las calles están desiertas, la economía paralizada y casi no hay aviones en el cielo, es una oportunidad sin precedente de redescubrir la empatía por las naciones destruidas por las guerras, los bloqueos económicos y los desastres naturales.

Éste es un momento en que las compras de pánico ponen en riesgo hasta las cadenas de suministro más robustas de las naciones ricas. Es asomarse al fin de la supremacía de nuestra especie. Es ver contraerse al mundo, volverse incómodamente diminuto y al mismo tiempo amargamente remoto, vasto e inalcanzable. Asimismo, la pandemia descompone el flujo lineal del tiempo y ofrece la sensación de observar al futuro y al pasado a la vez: nuestro destino puede estar en las catástrofes de Wuhan e Italia (donde las muertes representan casi el 10 % de los casos confirmados), mientras que el pasado está aún en África y América Central, donde la epidemia apenas comienza o aún no se ha desatado. En una era en que nos hemos acostumbrado a la inmediatez, a la satisfacción automática de nuestros deseos y curiosidades, el tiempo se expande e impone una larguísima pausa, mientras la geografía se encoge en la ilusión de proximidad que ofrece la red y en el impedimento de atravesar el umbral de la puerta. Nada detiene al tiempo con más contundencia que la inamovible necesidad del periodo de experimentación que requiere una vacuna.

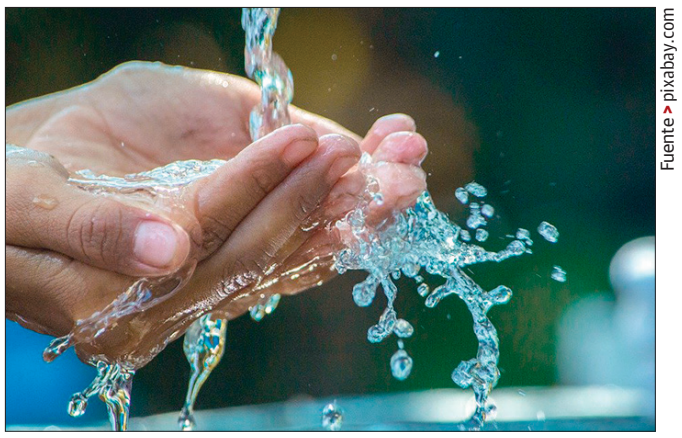
Cuando aterricé en Nueva York tras un breve vuelo, el planeta había cambiado para siempre. Esta crisis pasará, pero si hay algo seguro es que no volveremos a ese mundo que perdimos antes del Covid-19. Y eso no es del todo negativo. Al salir de la cuarentena tan sólo habrá dos opciones: aceptar la doctrina de conmoción que tratarán de imponernos los gobiernos y los oligarcas o luchar por crear nosotros mismos un nuevo orden mundial.

"EL TIEMPO SE EXPANDE E IMPONE UNA LARGUÍSIMA PAUSA, MIENTRAS LA GEOGRAFÍA SE ENCOGE EN LA ILUSIÓN DE PROXIMIDAD QUE OFRECE LA RED Y EN EL IMPEDIMENTO DE ATRAVESAR EL UMBRAL DE LA PUERTA".

CRÓNICAS PLUTONIANAS

Por
ALMA DELIA MURILLO
@AlmaDeliaMC

LA HERIDA COLECTIVA


Fuente > pixabay.com

Quisiera escribir acerca de otro tema pero es imposible.

Me siento ansiosa, extraña, insegura. Intento no centrarme en esas emociones y también me río, celebro la vida, proyecto instintivamente imágenes del futuro –*cercano*, dice mi optimismo– en el que todo esto haya pasado.

Cuando el contagio remita, cuando se controle la emergencia, cuando volvamos a la normalidad.

Y entonces, sin poder elaborarlo del todo, me digo que esto está pasando justamente para que no volvamos a la normalidad.

Somos una especie tan individualista como gregaria, tan egoísta como social; una especie que define a ese Uroboro que traza el ciclo del eterno retorno, que no puede evitar ser el monstruo que se devora a sí mismo.

ESTA PANDEMIA ha venido a abofetearnos en la cara para que miremos de frente nuestra fragilidad, nuestros errores, nuestras perversiones colectivas.

Los primeros brotes de coronavirus se veían lejos de México, Asia queda del otro lado del mundo. Pero entonces Europa. Europa la del bienestar, el continente de los gobiernos ejemplares, el continente del primer mundo, el *top of mind* de la civilización occidental. Y luego Estados Unidos, el país que domina al mundo, el enemigo fronterizo, el que engendró a ese fenómeno llamado Trump.

Pero pronto dejaron de tener sentido los memes graciosos contra un virus que seguramente se rendiría ante el ingenio mexicano y las opiniones sobre lo mal que lo estaban pasando en el resto del mundo.

Entonces supimos del primer caso. El caos. La estampida de opiniones desinformadas, la pandemia de ignorancia, la raja política, la explosión de la inseguridad.

Y tuvimos miedo. Aquí es donde quiero detenerme, sé que más de uno estará en desacuerdo conmigo, pero necesito reflexionarlo: tal vez no está tan mal tener miedo.

VENÍAMOS SIENDO una especie inflamada de sí misma, convencidos de la cultura del éxito, de romper fronteras, del todo se puede, de ser el número uno, de tasar nuestra identidad con base en el consumo; convertidos en *Kidults* o *niños con cartera de adulto*; incapaces de detenernos a pesar de que este triunfalismo en estampida ya ha dado mil señales del daño que estamos causando: las toneladas de plástico y mierda que flotan en los océanos, las islas de basura, la obscena distribución de la riqueza que hace que el 1 por ciento de los mexicanos tengan el 50 por ciento de los recursos económicos del país.

Tener miedo en colectivo y parar. Y al detenerse, sentir. Y al sentir, reconocer el dolor. Un dolor que entre todos hemos causado.

Hay una herida colectiva que, antes o después, por una causa o la otra, tenía que hacernos parar.

Darnos cuenta de que podemos vivir sin la inmensa mayoría de los objetos que acumulamos, sin las prácticas de pisoteo de consumo que con tal desparpajo ejercemos; sin subirnos a un avión, sin abarrotar un antro. Pero no podemos vivir sin respirar, no podemos vivir sin salud y sin las condiciones mínimas para asegurarla para todos.

Hace tiempo que renunciamos a respetar los ciclos vitales de nuestra propia especie. *Los cuarenta son los nuevos veinte* son graciosos pero revelan mucho de nuestra poca capacidad para comportarnos como adultos en sociedad en edades francamente irrisorias; hace mucho que dejamos de respetar los ritmos del universo, los límites de los ecosistemas; hace tiempo que vivimos en un desafuero contra las leyes de la naturaleza, convencidos de nuestra ciencia y tecnología, de nuestra audacia de especie suprema. Hoy unas gotas de saliva nos ponen a temblar.

Y HOY NOS DETENEMOS porque tenemos miedo. Un estado de alerta se enciende en nuestra psique. Sería maravilloso que pudiéramos convertirlo en un catalizador para pensarnos mejor como sociedad, para erradicar conductas de destrucción masiva, porque así como el virus ataca con mayor saña a los cuerpos previamente enfermos o con condiciones metabólicas debilitantes como diabetes o fallas en las vías respiratorias, la crisis de la pandemia provoca mayor daño en los sistemas sociales menos preparados.

Sé que lo que digo no es la panacea –nunca mejor traído, pero reflexionar no mata, no enferma, y quizá sí provoque pequeñas luces en la conciencia.

Y hoy hay miles de personas sufriendo, hoy que escribo es 22 de marzo del año 2020 y las estadísticas cuentan más de 300 mil infectados y más de 13 mil muertos.

¿Cómo se vive un duelo en aislamiento y sin poderse abrazar? Hay familias enteras viviendo una tragedia que nunca imaginaron. Sin la posibilidad de la cercanía para el consuelo.

Ayer por la mañana saqué al perro al parque y me encontré a una amiga, tuvimos el impulso de abrazarnos y nos detuvimos a tiempo. Fue raro, nos reímos torpes y hablamos alejadas en el parque.

Luego visité a mi madre de 73 años y se puso triste porque mi sobrino le explicó que no podemos abrazarla para respetar el protocolo de salud.

Aunque lo controlamos, el impulso del abrazo estaba ahí, poderoso, insospechado.

CIERRO CON UN FRAGMENTO del texto de Byung-Chul Han publicado el 22 de marzo en *El País*:

> El virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución. El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa sólo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa. No podemos dejar la revolución en manos del virus. Confiemos en que tras el virus venga una revolución humana. Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta.

Si la alegría por ver a los animales recuperando espacios es espontánea y el impulso del abrazo sigue ahí, quizá podamos detenernos a pensar, amorosamente, cómo vamos a reparar entre todos esta profunda herida colectiva que hemos causado.

"TENER MIEDO Y PARAR. Y AL DETENERSE, SENTIR. Y AL SENTIR, RECONOCER EL DOLOR. HAY UNA HERIDA COLECTIVA QUE TENÍA QUE HACERNOS PARAR".

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ
@charfornication

CIUDADES DESIERTAS

SIEMPRE PENSÉ que el principio del fin ocurriría como en las películas de Hollywood: de forma espectacular. Jamás imaginé que comenzaría de manera pasiva con el estado de excepción.

La irrupción del Covid-19 trastocó la existencia de la aldea global. La pandemia trajo consigo un bonito presente: el enloquecimiento colectivo. Millones de personas se convirtieron en la clientela perfecta de los profetas del pánico.

Es cierto, no existe una conspiración. Que el virus haya sido diseñado para emprender una limpieza étnica, aniquilar pobres y desestabilizar los mercados internacionales. Pero es innegable que se ha fortalecido el dólar. Y que los países como el nuestro sufrirán los efectos de la inactividad económica.

Ante la señal de alarma, la inmensa mayoría de ciudadanos del mundo ha decidido recluirse. Algunos con razón. Otros no. Pero de lo que nadie se ha quedado fuera es de participar de la psicosis del momento. Formar parte de la masa, es lo único que importa. No importa que la estupidez sea el consenso. Las compras de pánico de papel higiénico son un buen ejemplo. Pocas personas han frenado el impulso de salir corriendo a agotar algunos productos en los supermercados.

La desinformación, la exageración y la sobreexposición a las redes sociales han provocado un clima de apocalipsis inducido. Por un lado, se ha creado una falsa percepción de que esta *crisis* propiciará cierto abatimiento sobre el capitalismo. Nada más ingenuo. Si algo no ha dejado de producir es el capitalismo digital. Amazon y Netflix son algunas de las compañías que se benefician de la cuarentena. Otros emporios, por ejemplo Kentucky Fried Chicken, sufren las consecuencias, pero sólo de manera momentánea.

¿Puede en realidad el brote de Covid-19 hacer tambalear el sistema? Evidentemente, no.

En este escenario las ciudades han evidenciado una transmutación. Por Whatsapp viajan fotografías de lugares como Madrid, cuyas calles lucen completamente desiertas. Sin una sola persona que vague sin propósito claro, en algunos sitios, y en otros con unos pocos renegados que tienen los arrestos de no permitirse actuar como borregos y desplazarse de manera discreta. Escribo esto desde Monterrey, donde la metrópoli se ha paralizado. Han cerrado cines, bares, restaurantes. La desolación no se ha instalado por completo. Muchos coches recorren la Avenida Leones. Observar la ciudad como un *set*

Cuartoscuro

"NO PUEDO QUITARME DE ENCIMA LA SENSACIÓN DE FORMAR PARTE DE UN EXPERIMENTO".

de televisión, donde todo es de utilería, provoca una sensación extraña. Entre sobrecogimiento y nostalgia por un fin del mundo real que nos aguarda en el futuro.

La reclusión te obliga a hacer lo mismo. El virus existe y conlleva un riesgo. Es irrefutable. Pero el virus ha dejado de ser el protagonista. Es el peor momento, desde que se inventó la plataforma, para acceder a Twitter. Todo usuario escupe su opinión del tema. Y es de lo único que se habla. Hay desde los que te regañan por dar un paso, hasta los que alimentan la histeria por deporte. He constatado con tristeza cómo personas que yo asumía inteligentes, se han entregado a un frenesí idiota. Escritores premiados que se han erigido en policías epidemiológicos. Y que instan al mundo a no salir de casa. Muy bien, pero con que lo digan una vez basta.

No hay complot. Pero no contradigamos lo evidente. La celeridad con la que cambió la agenda mediática con la aparición de la pandemia. Antes de su propagación virtual en el mundo, y sobre todo en América Latina, el movimiento feminista estaba gozando de una cobertura inusitada por parte de los medios. Pero en este momento la agenda sólo tiene ojos y oídos para el Covid-19. Y no se trata de ser desconfiado. Pero sí es sospechoso.

Se entiende que la pandemia ocupe el primer plano del quehacer informativo. Pero la suspicacia surge también porque llegó acompañada de una campaña que impide la proximidad social. El día que la gente, tanto hombres como mujeres, se unan para exigir mejores derechos ante la desigualdad social, bastará con soltar otra gripe estacionaria para que nos volvamos a recluir y se acabe cualquier tipo de intento de insurrección.

No puedo quitarme de encima la sensación de formar parte de un experimento.

Decía Fogwill: todo es temporario. El aislamiento va a terminar. Cada uno sacará su lección del encierro forzado. El mío será vivir más intensamente la ciudad.

LA CANCIÓN #6

Por
ROGELIO GARZA
@rogeliogarzap

CONTRA EL REGUETÓN

EL 5 DE MARZO se entregaron por primera vez los Spotify Awards. Sucedió en el Auditorio Nacional: la plataforma nos eligió como sede porque la Ciudad de México es la reina mundial del *streaming*. Lo novedoso de estos premios es que se entregaron con base en la información generada por los usuarios al escuchar sus canciones favoritas, desplazando a los Grammy, igual que el reguetón y sus variantes desplazan al rock y al pop en la preferencia juvenil.

Me ofrecí como conejillo de indias para chutarme a los más de cuarenta nominados y premiados, pero no lo vuelvo a hacer. Entre los ganadores hay Artista Spotify del Año: Bad Bunny; Artista Más Escuchado: Bad Bunny; Canción Más Escuchada: "Callaíta" de Bad Bunny con Tainy; Artista Más Agregado a Playlists: Bad Bunny; Artista Más Compartido: J Balvin; Artista Más Seguido: Banda Sinaloense MS de Sergio Lizárraga; Artista Pop Urbano: Maluma; Artista Femenina con Mayor Incremento de Fans: Danna Paola... Salvo el popero Imagine Dragons, uno equivale a todos porque el sonsonete, las letras y el ritmo son iguales.

La música es el pulso de la humanidad. Es el ritmo y el eco de las personas desde la prehistoria. En ese *track* estamos viviendo el fin de una era musical y el inicio de otra: desaparecen los músicos con la infraestructura que musicalizaron el siglo pasado, y los nuevos ya iniciaron la siguiente montados con sus ritmos en las plataformas. Recuerdo cuando el *techno* era el futuro de la música.

elnacional.com

Bad Bunny

"PROHIBIR LA MÚSICA ES PONER EL CLASISMO SOBRE LA LIBERTAD".

Esta premiación de Spotify es tan significativa como lo fue el medio tiempo *reguetonero* del Super Tazón. Esperemos que su cresta sea fugaz como todo lo digital.

Mientras tanto hay que aguantar vara. Son minoría los que odian al reguetón y una arrolladora mayoría quienes lo disfrutan. Entre esa minoría escandalizada cobra fuerza la necedad de prohibirlo con el argumento de que las letras inducen a la violencia y al sexismo. Como los que culpan a los videojuegos de los tiroteos escolares, al rock de los suicidios o a los narcocorridos del narcotráfico, sus detractores creen que prohibiéndolo se resolverá el problema. Pero el reguetón no es causa, es efecto. Y tampoco es el único, canciones violentas y sexistas que reflejan su momento hay en toda la música popular.

La música nunca le ha hecho daño a nadie. Prohibirla es poner la moral de los ofendidos y el clasismo sobre la libertad, y hacerle un favor porque lo prohibido siempre atrae. Luego la intolerancia se deja ir contra todo: literatura, pintura, cine. El maldito ritmo suena en todas partes, diría mi abuelita, quien insistía en echarle la culpa de todo a los Beatles.

ESGRIMA

Por
MIGUEL ÁNGEL MORALES

EL CAPITALISMO DE LAS IMÁGENES

"HOY TODO PASA POR LO VISUAL. EL PROBLEMA ES HASTA QUÉ PUNTO SEREMOS CAPACES DE CONTENER ESA AVALANCHA, PORQUE EN GENERAL EL ALUD DE IMÁGENES FAVORECE EL CONSUMO".

Los incendios masivos en Australia, el derretimiento de los casquetes polares, las protestas políticas en Chile, Hong Kong y Francia, el juicio a Harvey Weinstein, las marchas feministas, Greta Thunberg en la ONU, la primera fotografía de un agujero negro, las caravanas migrantes, los memes de gatos. ¿Qué imagen define la actualidad? Sin dudar, Joan Fontcuberta (Barcelona, 1955) responde: "En estos momentos, el coronavirus. No hay más". Estamos a 2 de marzo y aún el pánico no se extiende por el mundo. Las panorámicas vacías de la Plaza de San Pedro y Times Square harán su aparición más tarde; también las imágenes del Vive Latino reuniendo a miles de personas. Ahora existe una calma sospechosa.

Durante cuatro décadas, Fontcuberta se ha preguntado sobre el poder de las imágenes. Sus investigaciones le han valido reconocimientos importantes, como el Premio Internacional de Fotografía Hasselblad 2013, considerado el Nobel de la Fotografía. El catalán se encuentra en la Ciudad de México para hablar de su exposición titulada *Mictlán*, que reimagina archivos fotográficos antiguos de Pachuca, Mérida, Puebla y la capital del país. Incluye momentos de la Revolución Mexicana, de figuras públicas (Emiliano Zapata), escenas de la vida social (fusilamientos) y familiar (bodas y bautizos). Más que un rescate, Fontcuberta genera un diálogo con fantasmas que parecen estar perdidos en el tiempo y reclaman una nueva vida. Vivimos en el imperio de las imágenes. ¿De qué manera reconfiguran cómo percibimos la realidad? A diario se suben más de 700 millones de fotos a Facebook y otras tantas a Instagram. Los conciertos se llenan de celulares que registran cada segundo. Hoy, mientras la circulación de imágenes ya no depende de una técnica maestra, el catalán cuestiona las condiciones que nos han llevado a esta proliferación continua.

El tiempo es limitado: Fontcuberta me otorga unos minutos porque lleva toda la mañana sintiéndose mal, razón por la cual canceló anteriores entrevistas. Elijo mis preguntas.

Se han producido cambios tecnológicos e ideológicos que cuestionan dos atributos tradicionales de la fotografía: la verdad y la memoria. ¿Cómo funcionan hoy esas dos nociones?

La verdad y la memoria forman parte del andamiaje ideológico del siglo XIX, es decir, cuando la fotografía nace se impregna de esos principios. La cuestión es: ¿una mirada del siglo XIX sigue siendo vigente en el XXI? La respuesta sería que el tipo de imágenes que necesitamos debe acomodarse a una nueva realidad, que pasa por una revisión de los conceptos de verdad y memoria. Los medios, la comunicación de masas y la cultura actual ofrecen matices mucho más sofisticados. Además vivimos en el embate de la posverdad, de las *fake news*, de los hechos alternativos que cuestionan la noción tradicional de *verdad*. Por tanto, las imágenes ya no se presentan como baluartes de verdad y memoria, sino como agentes que plasman acríticamente tales conceptos.

Las redes sociales configuran una metamemoria. Todos los individuos contribuimos a alimentar un determinado imaginario, con sus espacios de libertad e interdictos. No coleccionamos imágenes sino documentos: carpetas, videos, pedazos del mundo...

Es que la imagen ya no se interrelaciona con nosotros como una mediación de nuestra experiencia con los demás, sino que constituye un paisaje en el que estamos asentados. Nosotros vivimos *en* las imágenes. Son una suerte de magma de la realidad en la que hemos de movernos. Formatean nuestro pensamiento, nuestros deseos y opiniones. Hoy todo pasa por lo visual: la política, la comunicación, las relaciones interpersonales, el juego, la profesión, la economía. El problema es hasta qué punto seremos capaces de contener esa avalancha, porque en general el alud de imágenes favorece el consumo, pertenece a lo que podríamos llamar el *capitalismo de las imágenes*.

No todas tienen el mismo valor: algunas pueden resultar emancipadoras, de resistencia, frente a otras que pretenden nuestra sumisión, doblegar nuestra condición crítica. Hay que plantear actitudes reflexivas pero beligerantes.

Foto > Miguel Ángel Morales

Ha mencionado que su trabajo es poner a prueba al espectador. ¿Qué pasa cuando éste ya no quiere probarse nada?

Existe un espectador pasivo y uno emancipado, apunta Jacques Rancière. Mi trabajo es poner a prueba tanto la fotografía como al espectador, porque el valor de la imagen se establece en función de su contrato social con el público.

¿Cómo ha cambiado la relación con lo visual en los últimos años? Ha comentado que su padre veía fotografías como un criterio de verdad y la generación de usted las cuestionó, mientras su hija las acepta.

Varias razones modifican lo que está pasando. Creo que lo fundamental está en la masificación visual que padecemos hoy. Antes las imágenes eran un bien, una mercancía prestigiada. Sólo unas minorías, como los aristócratas o el clero, podían encargarlas para las catedrales o los palacios.

Hoy todos las consumimos y producimos. No implican ningún costo y tampoco se requiere una competencia técnica. Antes había profesionales o artistas con una pericia en el dominio del lenguaje fotográfico; actualmente es algo banal. Esto genera una relación distinta, más lineal, con las fotografías. Ya no las reservamos para momentos, digamos, solemnes —como celebraciones o hechos históricos—, sino que forman parte de cualquier hecho cotidiano.

Cuando surgió la fotografía, en el siglo XIX, se dijo que iba a ser el fin de la pintura. No fue así. Desde hace tiempo se piensa en la muerte del fotógrafo como la figura icónica que tomaba imágenes imposibles, proezas captadas en el momento indicado. En la época de Instagram vemos las mismas imágenes en los mismos lugares, aunque tomadas por millones de usuarios. ¿Lo imposible y la diferencia han perdido?

Los algoritmos y la inteligencia artificial empiezan a preponderar sobre el ojo y la cámara a la hora de construir una cultura visual. La masificación en la que casi nos ahogamos no hace sino suministrar material del que los algoritmos aprenden. Entonces podremos pedir a los algoritmos que generen singularidad o que generen redundancia.

En su libro* La ubicuidad de la imagen *usted sentencia algo que en aquel lejano 2008 apenas asomaba: "Hasta la era industrial nosotros explotábamos las imágenes; en la era postindustrial las imágenes nos explotan a nosotros: imponen modos de conducta, condicionan experiencias y puntos de vista, usurpan nuestra personalidad". Noto que puedo perder hasta un par de horas antes de dormir sin hacer más que revisar mi celular. ¿Hay una forma de acceder a la información y las imágenes sin que exista un consumo y, por ende, un beneficio al capital?

¿Es posible salir de la Matrix o enfrentarse a ella? Neo lo consiguió. ¿Huir del capitalismo de las imágenes? Sí, lo creo posible. Se trata de encauzar estrategias de resistencia.

MIGUEL ÁNGEL MORALES (Ciudad de México, 1984), es autor de relatos publicados en la revista *Picnic* y el libro *David Bowie. Manual de amor moderno para aliens* (2019). Escribe sobre música y literatura en *La Tempestad*, *Yaconic* y *Los Angeles Times*.